VIII.

Cadoudal en las Tullerías.

Al dia siguiente del en que ocurrieron los sucesos explicados en el precedente capítulo, paseábanse dos hombres por el gran salon de las Tullerías que dá al jardin. Muy interesante parecia ser la conversacion que les tenia ocupados, á juzgar por la viveza y animacion que acompañaban todos sus gestos. Eran el primer cónsul Bonaparte y Jorge Cadoudal.

Vencido al fin este por el deseo de evitar las desgracias que á la Bretaña debia acarrear necesariamente una mas larga resistencia, acababa de firmar la paz con Brune. Despues de dado este paso, habia, segun hemos dicho antes, desligado de su juramento á los compañeros de Jehú. Desgraciadamente el aviso habia llegado veinte y cuatro horas mas tarde de lo que exigia su salvacion. Fiel á su carácter, nada estipuló en su favor Jorge Cadaudal en el tratado de paz, mas que la libertad de retirarse donde mejor le acomodase.

Apenas puesta su firma en dicho tratado, recibió una carta del almirante inglés que acababa de llegar á las aguas

de Quiberon. Anunciábale en esta carta que la Inglaterra ponia á su disposicion seiscientos mil francos para continuar la guerra. Recibida esta noticia dos dias antes, muy otro habria sido seguramente el curso de los sucesos; entonces era ya tarde; por lo cual, apresuróse á contestar el ex-jefe realista:

« Ayer firmé la paz: No puedo por consiguiente hoy recibir auxilio alguno para la guerra.

« Lo único que podeis hacer por mí, y os suplico de todas veras, es trasladarme á Inglaterra. »

Insistió sin embargo Brune con tanto empeño, que Cadoudal no pudo negarse á tener una entrevista con el primer cónsul, poniéndose inmediatamente en camino para París. Al momento de su llegada dirigióse á las Tullerías, y habiéndose nombrado, fué acto continuo recibido. En ausencia de Roland, desempeñó Rapp las funciones de introductor.

Al dejarle en el salon, habia Rapp abierto las dos puertas, á fin de vigilar desde el gabinete de Bourrienne y auxiliar al primer cónsul en caso necesario. Mas, adivinando Bonaparte su intencion, mandó cerrar las puertas, y dirigiéndose alegremente á Cadoudal:

—Ah! por fin, le dijo, tengo el gusto de veros; uno de vuestros enemigos, mi ayudante de campo Roland de Montrevel, me habló muy bien de vos.—No me admira, contestó Cadoudal; durante el corto tiempo que estuvo en mi compañía M. de Montrevel, pude apreciar sus nobles sentimien-

tos.—Es verdad, repuso el primer cónsul, le juzgasteis perfectamente.

Fijando luego en el jefe realista su penetrante mirada:

—A ver, Jorge, le dijo, necesito hombres enérgicos que me ayuden á terminar la obra que he principiado; quereis ser de los mios? os ofrecí el grado de coronel; algo mas mereceis: os ofrezco ahora el empleo de general de division.

—Agradezco con toda mi alma, ciudadano primer cónsul, contestó Jorge, la oferta que acabais de hacerme; pero vos seriais el primero en despreciarme si la aceptase.—Por qué? preguntó vivamente Bonaparte.—Porque he jurado fidelidad á la casa de Borbon.

Inclinóse el primer cónsul con aire grave y reflexivo.

—Se me permitirá retirarme donde me acomode? añadió Cadoudal.

Dirigióse Bonaparte á la puerta, y abriéndola de par en par:

—El ayudante de campo de servicio! gritó.

Y cuando esperaba ver comparecer á Rapp, presentósele Roland.

—Ah! eres tú? exclamó.

Volviéndose entonces á Cadoudal:

—No es necesario, le dijo, presentaros á mi ayudante de Campo Roland de Montrevel, á quien teneis bastante conocido. Roland, dí al señor que se halla tan libre en París, como lo estabas tú en su campamento de Murillach; y que si

quiere un pasaporte para dirigirse á donde mejor le convenga, Fouché tiene la órden de librárselo.—Me basta vuestra palabra, ciudadano primer cónsul, contestó inclinándose Cadoudal; esta noche saldré de París.—Y puede saberse á dónde pensais dirigiros?—A Lóndres, general.

Saludó Jorge al primer cónsul y salió.

—Qué os parece, general, preguntó Roland luego que se hubo cerrado la puerta, es tal como os habia dicho?—Sí, contestó Bonaparte pensativo; pero se equivoca en sus juicios; aun cuando la exageracion de sus principios reconoce por único orígen la nobleza de sus sentimientos, que ha de darle una grande influencia entre los suyos.

Y luego en voz baja:

—Es preciso dar el golpe de gracia! añadió.

Mirando en seguida á Roland:

—Y tú? le dijo.—Oh! contestó Roland, yo lo he dado ya.—Ah! ah! es decir que los compañeros de Jehú...—Han dejado de existir, general; las tres cuartas partes han muerto, y los restantes han sido hechos prisioneros.—Pero tú, sano y salvo como siempre?—No me hableis de eso, general; estoy por creer que sin duda alguna tengo hecho pacto con el diablo.

Segun habia prometido al primer cónsul, aquella misma noche salió Cadoudal de París. Al saber Luis XVIII que el jefe breton habia llegado felizmente á Lóndres, le escribió en los siguiente términos:

« Con la mas viva satisfaccion he sabido, general, que al fin habeis podido *escapar* de las manos del tirano que se ha atrevido á proponeros que le sirvieseis; he sentido las desgraciadas circunstancias que os han puesto en el caso de tratar con él, aunque no he abrigado jamás la mas débil duda. El corazon de mis fieles bretones, y el vuestro en particular, me son demasiadamente conocidos. Hoy, que os veis completamente libre, sois para mí un segundo hermano; toda mi esperanza renace desde este momento. Nada mas debo decir á un verdadero francés como vos.—«LUIS.»

Con esta carta le incluia el despacho de teniente general y el gran cordon de San Luis.

IX.

El ejército de reserva.

Libre quedaba el primer cónsul de sus principales cuidados. La Vendee estaba pacificada, los compañeros de Jehú habian sido destruidos. Mientras pedia la paz á la Inglaterra, se habia ido preparando para la guerra. Seguia inalterable en su mente el mismo plan que explicó un dia á Roland en su gabinete del Luxemburgo. Prometíase reconquistar la Italia con una sola batalla, que preveia seria ya una gran victoria.

Dejando pues París el 6 de mayo, acampó en 26 del mismo mes, con su ejército, entre Turin y Casal. Tras un dia lluvioso, serenóse, hácia el anochecer, el cielo, que despues de haberse mantenido encapotado durante muchas horas, recobró de repente el hermoso azulado que es solo posible admirar en Italia. Habiendo hecho el primer cónsul señal á Roland de que le siguiese, salieron ambos de la pequeña ciudad de Chivasso, y siguiendo la orilla del rio, vinieron á tomar asiento, en el tronco de un árbol derribado por la tempestad, á unos cien pasos de las últimas casas.

Todo indicaba que el general en jefe tenia que comunicar á su ayudante de campo alguna cosa de importancia. Despues de un corto silencio:

—Te acuerdas, Roland, dijo Bonaparte, de una conversacion que tuvimos en el Luxemburgo?—Oh! contestó Roland riendo, son tantas, general, las conversaciones que hemos tenido en el Luxemburgo! No sé si aludireis á la que me hizo saber que vendríamos á Italia por la primavera, y derrotaríamos al general Melas en Torre de Garofolo, ó en San Julian.—Ya; pero no es de esta de la que yo hablaba.—Si me hicieseis alguna ligera indicacion, tal vez....—Se trataba de casamiento.—Ah! sí, del de mi hermana. Sin duda será ya á estas horas negocio concluido.—No del de tu hermana, Roland; sino del tuyo.—Bravo! exclamó Roland con amarga sonrisa; creia habiais desistido de vuestro intento, general.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO